

## El loco salvaje de la literatura artúrica

Ana María MORALES

Entre la gran diversidad de seres fabulosos que pueblan la imaginería del Medievo se encuentra el hombre salvaje, ente semihumano, peludo, algunas veces gigantesco y de costumbres bárbaras o sanguinarias. El loco, por su parte —con su despreocupación natural por las normas que rigen a la sociedad y sus maneras incivilizadas— fue también una figura familiar en el ámbito medieval y desempeñó un papel bien definido y diferenciado —por más que se haya dicho que la Edad Media no hizo distinciones entre ambos seres.

Sin embargo, las figuras del loco y el salvaje con frecuencia se han confundido en una sola: la imagen del amante que, llevado por la desesperación de ver perdido su amor, se interna enloquecido en la espesura e inicia una vida silvestre.

Ahora bien, la imagen del enamorado enloquecido que se pierde en el bosque por el desprecio de su dama es una creación de la literatura de caballerías. Se pueden señalar algunos personajes clásicos que sufren de una locura semejante, pero éstos se suscriben bajo el rótulo de perdidos por la pasión, enajenados por el deseo. Las formas de amar de la literatura caballeresca, junto con las de los trovadores —de las que son producto en gran parte—, son una novedad en la historia de la humanidad. El caballero que sufre hasta el delirio por los desdenes de una mujer que se sabe amada y por ello actúa, con el derecho que le da la total posesión de alguien, con crueldad o sin paciencia, es una invención del siglo XII.

El hombre salvaje, cuyos orígenes, si se desea, pueden ser rastreados desde el *Poema de Gilgamesh* —en la figura de Enkidu—, fue una imagen popular en la Edad Media. Habitante de la espesura, los límites y la Otredad, permaneció presente a lo largo de la literatura y la iconografía, y marcó siempre un contrapunto entre los vicios o virtudes de la civilización; ayudó, con maneras y secretos, a que el hombre se redefiniera por oposición. A su vez, el loco es también un Otro, un ser ajeno, un morador de las zonas limítrofes y un marginado. La condición de excluidos de ambos personajes se basa en las mismas razones: el mundo, para la concep-

ción medieval, se encuentra rígidamente ordenado y el orden corresponde al bien natural —o Dios—; por lo tanto, cualquier ser que altere este orden —la normalidad—, que sea mixto, peligroso para la unidad, se corresponde con el mal y debe ser alejado, para no contaminar al resto de la sociedad.

Ahora bien, en la literatura artúrica existen dos clases de locos por amor: los personajes que parecen o se fingen dementes y los caballeros enloquecidos que se internan en la floresta y llevan una existencia salvaje. A los primeros, los locos simulados, pertenecen Tristán y Merauguis. Hay en la leyenda de Tristán e Iseo un pequeño poema episódico, *La Folie Tristan*, en la que héroe se finge loco para poder ver a su amada:

[Iseo] Pur vostre amur sui afolez.  
 Si sui venu e nel savez.  
 Ne sai cument parler od vus:  
 Pur ço sui jo tant anguissus.  
 «Or voil espruver autre ren,  
 Saver si ja me vendreit ben:  
 Feindre mei fol, faire folie:  
 Dunc n'est ço sen e grant veisdie?  
 (*Folie*, vv. 173-180)<sup>1</sup>

En la *Folie*, Tristán representa con maestría a un loco profesional, un “tonto juglar” cuyo papel en la sociedad es semejante al del vesánico del rey Arturo: Dagonet, bufón y juglar a quien en un texto posterior, *Le Morte d'Arthur*, de Malory, Tristán, esta vez auténticamente demente, le propinará una buena sacudida.

Por su parte, Merauguis de Portleguez, en la novela homónima, tras una larga convalecencia: “Mout est il lez” (v. 4943), ya que para curarlo ha sido necesario raparle la cabeza, y eso hace que: “Il ne li faut fors la maçe / A sembler fol le plus a droit / Dou mont [...]” (vv. 4946-4948).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *La Folie Tristan d'Oxford, Les Tristans en vers*. Ed. de Jean Charles Payen. París, Garnier, 1974, pp. 265-297. “Por vuestro amor estoy enloquecido. / Estoy aquí y vos no lo sabéis. / No sé como hablaros / por eso estoy tan doliente. / ¡Oh! deseo probar otra argucia, / que podría venirme bien: / fingirme loco, hacer locuras. / Pues ¿no tiene eso sentido y es gran verdad?” (La traducción es mía y pertenece a la edición que estoy preparando del texto.)

<sup>2</sup> Raoul de HOUDENC, *Merauguis de Portleguez, Merauguis von Portleguez. Altfranzösischer Abenteuerroman*. Ed. de Mathias Friegwagner. Ginebra, Slatkine, 1975. Merauguis de Portleguez “Luce muy feo [...] Sólo le falta la maza para parecer el mayor loco del mundo”. (*Merauguis de Portleguez*. Trad. de Xavier Dilla. Barcelona, PPU, 1989.)

Y hay una breve disquisición acerca de que no sólo parece, sino en verdad ha enloquecido por el amor.

Estos falsos locos responden con precisión a la imagen del simple en la Edad Media: llevan la cabeza rapada, tienen un color que no es propio de caballeros y están relacionados con la maza o el bastón. Tristán “Il ad d’ une haie un pel pris / E en sun col l’ en ad il mis” (vv. 219-220)<sup>3</sup> y a Merauguz “Il ne li faut fors la maçe / A sembler fol” (vv. 4946-4948).<sup>4</sup> Moran en las ciudades, algunas veces en las cortes, son muy diferentes del hombre salvaje que vive en los bosques. La principal diferencia que se puede observar entre ellos es la cabeza rapada del loco contra lo peludo que caracteriza al salvaje.

Por su parte, los hombres salvajes también se encuentran mencionados en la literatura artúrica sin tener relación con los locos. En *Sir Gawain and the Green Knight*, donde el valiente Gawain, en su búsqueda del lugar mágico —entre muchos otros peligros que afronta— “Sum-whhyle with wodwos that woned in the knarres” (*Sir Gawain*, v. 721).<sup>5</sup> O bien encontrarlo plenamente caracterizado en el pobre viejo que encuentra Lancelot en su búsqueda de *Les merveilles de Rigomer*:

Il était absolument nu, si pauvre qu’il n’avait vêtement ou haillon pour couvrir ses os; on lui voyait le ventre aussi bien que le dos; la misère ne lui avait pas laissé le moindre morceau de lin ou de laine, mais sa barbe avait poussé, longue et blanche, jusqu’à la ceinture, et ses cheveux lui tombaient sur les épaules. Ce qui le rendait encore plus hideux, ce mâle, c’est qu’il était velu comme une bête, sur le dos, le ventre, le buste, les pieds, les jambes, les bras [...]<sup>6</sup>

<sup>3</sup> “De un seto toma un palo / y se lo pone al cuello”.

<sup>4</sup> “Sólo le falta la maza para parecer loco”.

<sup>5</sup> *Sir Gawain and the Green Knight*. Ed. de J. A. Burrow. Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1987. “Peleó unas veces contra los salvajes que vagan en los despeñaderos”. (*Sir Gawain y el caballero verde*. Trad. de Francisco Torres Oliver. Madrid, Siruela, 1982.)

<sup>6</sup> *Les merveilles de Rigomer*. Ed. de Marie-Luce Chênerie, en Danielle RÉGNIER-BOHLER et al., *La légende arthurienne: le Graal et la Table Ronde*. París, Robert Laffont, 1989, p. 990. “Estaba completamente desnudo, tan pobre que no tenía vestido o harapos para cubrir sus huesos; se le veía el vientre tanto como el dorso, la miseria no le había permitido conservar el menor pedazo de lino o lana, pero su barba había crecido blanca y larga hasta su cintura, y sus cabellos le caían sobre las espaldas. Pero lo que lo hacía aparecer aún más horrible, a ese macho, era que estaba cubierto de pelo como una bestia, tenía vello sobre los costados, el vientre, el pecho, los pies, las piernas, los brazos [...]” (La traducción es mía.)

Este ser peludo y los *wodwos*, salvajes de los bosques, son seres agrestes, la mayoría de ellos fabulosos, y sin relación con el particular tipo híbrido que en este momento nos ocupa.<sup>7</sup>

Pero, si bien en la literatura artúrica no todos los locos son salvajes ni todos los hombres salvajes que moran en el bosque están locos, todos los locos que se internan en la espesura se vuelven salvajes. Tanto el loco como el hombre salvaje ofrecen resistencia a la normalidad, no respetan los límites de la realidad, mezclan sus elementos, se sitúan más allá del orden, pues la marginalidad se expresa casi siempre en términos espaciales. El loco y el salvaje viven *fuera* de los márgenes de la normalidad: el hombre silvestre *más allá* de la vida civilizada, *en* los bosques; el enajenado *más allá* de la razón, *en* la locura. Al unirse ambos marginales se crea un nuevo tipo de figura que cuenta con rasgos de los dos anteriores pero que se completa con características propias: el loco-salvaje.

Es posible que la fusión del enajenado con el *homo silvestris* correspondiera a la literatura artúrica, aunque este híbrido tiene algunos antecedentes en las ménades clásicas e incluso en los anacoretas del desierto, como san Onofre o san Juan Bautista. Las dos clases de personajes, el enajenado y el agreste, comparten la condición de liminares y de habitantes de la espesura.<sup>8</sup> Semejanzas como la de vivir en el bosque y la desnudez, así como su dieta basada en carne cruda, pudieron propiciar su asimilación en un solo tipo, sin por ello alterar la existencia y diferenciación de locos que no tenían nada que ver con el hombre salvaje o viceversa.

A medio camino entre dos marginalidades, pero tal vez por ello claramente proscritos y excluidos, se encuentran Tristán e Iseo, quienes, locos de amor por el filtro que los une, huyen juntos a vivir una existencia silvestre en el bosque del Morois.

Los amantes no viven completamente como salvajes ni están totalmente locos, pero han perdido la razón por los efectos del filtro de amor:

[...] du vin de qoi il burent  
Avez oï porqoi il furent  
En si grant paine lonc tens mis,

<sup>7</sup> Son los *agrioi* de los que habla Roger BARTRA en *El salvaje en el espejo*. México, UNAM/Era, 1992, p. 15.

<sup>8</sup> Bosque o espesura considerados como la oposición de la corte, de los campos cultivados, es decir, del mundo civilizado. Véase Jacques LE GOFF, "El desierto y el bosque en el Occidente medieval" y "Esbozo de una novela de caballerías", en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 25-39 y 82-115.

[...]

Tant com durerent li troi an,

Out li vins si soupris Tristan

Et la roïne ensamble o lui

Que chascun disoit: “Las n’ en sui”.

(*Tristan*, vv. 2107-2109, 2117-2120)<sup>9</sup>

El ermitaño Ogrín, que intenta que se arrepientan de su pecado y regresen a la vida civilizada, les pregunta: “Gent dechacie, a com grant paine / Amors par force vos demeine! / Combien dura vostre folie!” (*Tristan*, vv. 2269-2271).<sup>10</sup>

Furia y locura son los síntomas de esta pasión que los empuja a permanecer en la floresta y a atenerse a la rudeza de una vida salvaje y una alimentación agreste: “Mot avoient a faire queu! / Il n’avoient ne lait ne sel” (*Tristan*, vv. 1270-1271) y, tal vez lo más importante: “Li pain lor faut [...]” (*Tristan*, v. 1399).<sup>11</sup> Los amantes continúan en estas condiciones todo el tiempo que el filtro actúa sobre ellos. En el momento en que éste deja de tener efecto, Tristán empieza a añorar la caballería e Iseo a lamentarse de su vida silvestre, tan poco digna de ella. La razón, que les ha sido devuelta porque terminó la acción embriagadora del bebedizo de amor (el *lovedrinz*), los incita a abandonar el bosque de inmediato y reintegrarse a la vida civilizada.

Ahora bien, al margen de eruditas apreciaciones sobre las incógnitas de la paternidad de un texto que normalmente le ha sido atribuido, podemos decir que el iniciador de la literatura artúrica, Geoffrey de Monmouth, es también quien aporta al primero de estos locos-salvajes, aunque con una importante diferencia con los que vendrán después: el Merlín de Geoffrey no enloquece por amor.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> BÉROUL, *Tristan et Iseut, Les Tristans en vers*. Ed. de Jean Charles Payen. París, Garnier, 1974, pp. 1-141. “Del vino que bebieron y por el cual se encontraron tanto tiempo en tan gran pena, [...] Durante aquellos tres años, el vino dominó tanto a Tristán y a la reina que ambos decían: ‘No siento desdicha alguna’”. (BÉROUL, *Tristán e Iseo*. Trad. de Victoria Cirlot. Barcelona, PPU, [s. a.]

<sup>10</sup> “¡Pobres desterrados, que grandes penas os impone Amor! ¿Cuánto tiempo durará vuestra locura?”

<sup>11</sup> “¡Pero mucho había que saber cocinar! / No tuvieron sal ni leche” y “Les falta el pan”.

<sup>12</sup> El Merlín de la *Vita Merlini* guarda importantes diferencias con el personaje en que se convirtió después, e incluso con el mago de la *Historia regum Britanniae* que es obra del propio Geoffrey de Monmouth. En la tradición artúrica, Merlín conoce el amor loco sólo después de que Robert de Boron escribiera su novela; casualmente, es también en este texto donde el mago adopta la figura de un salvaje para poner en evidencia las impudicias de la emperatriz de Roma.

En la *Vita Merlini*, el mago es un rey que, desesperado tras presenciar la muerte en batalla de sus tres hermanos, pierde la cordura:

Jam tribus emensis defleverat ille diebus  
 Respueratque cibos, tantus dolor usserat illum.  
 Inde novae furias, cum tot tantisque querelis [sic]  
 Aera complesset, cepit, furtimque recedit,  
 Et fugit ad silvas, [...]

(*Vita*, vv. 70-74)<sup>13</sup>

Durante su estadía en el bosque, Merlín “Fit silvester homo, quasi silvis editus esset” (*Vita*, v. 80),<sup>14</sup> compete contra los animales y se alimenta de hierbas, raíces y frutos; se olvida de su vida y afectos pasados y toma por compañero a un lobo; dentro del bosque, “rituque ferino / Vivebat” (*Vita*, v. 414).<sup>15</sup> Esta familiaridad de Merlín con los animales y su alimentación de raíces y bellotas recuerda a otra de las fuentes del hombre salvaje: las criaturas de la Edad de Oro, filiación que no vuelve a aparecer con los demás locos salvajes de la literatura artúrica.

Ya adivino y hombre sabio antes de perder la razón, Merlín sufre una locura sagrada que acrecienta su poder; su estancia en las soledades de la espesura lo convierte en un auténtico profeta, pero, además, le lleva a la despreocupación de las convenciones humanas y puede —riendo como el loco que es— burlarse de las costumbres de los reyes y hablar sin recato del adulterio de la reina. De alguna manera comparte el mismo destino de las bacantes —su desvarío es el paso previo a la iluminación— y de los anacoretas peludos de los desiertos orientales —la soledad y las privaciones son el camino de la purificación.

Por ser un texto muy temprano en la tradición artúrica, el amor tiene un lugar secundario para el protagonista de la *Vida de Merlín*, a excepción del momento en que el futuro profeta lee en el cielo que su esposa

<sup>13</sup> Geoffrey de MONMOUTH, *Vita Merlini*. Ed. de Edmond Faral, *La légende arthurienne: Études et documents. Première partie: les plus anciens textes*. París, Champion, 1924, t. 1, pp. 305-352. “[...] tres días contados ha llorado sin cesar, rechazando los alimentos, tan grande es el dolor que le consume. Toma entonces nuevos caminos su desvarío y, después de haber llenado los aires con tantas y tan graves quejas, procura ocultarlas y huye al interior del bosque”. (G. de MONMOUTH, *Vida de Merlín*. Trad. de Lois C. Pérez Castro. Madrid, Siruela, 1984.)

<sup>14</sup> “[...] se vuelve hombre tan silvestre como si las espesuras lo hubieran echado al mundo”.

<sup>15</sup> “[...] vivía a manera de animal selvático”.

va a casarse con otro; entonces: “[...] et silvas et saltus circuit omnes, / Cervorumque greges agmen collegit in unum, / Et damas capreasque simul, cervoque resedit” (*Vita*, vv. 451-453).<sup>16</sup> Con su extraño hatollega hasta donde Güendolena, su mujer, está celebrando sus nuevas bodas. Enfurecido por las risas del segundo marido de Güendolena, “[...] extemplo divulsit cornua cervo, / Quo gestabatur, vibrataque jecit in illum” (*Vita*, vv. 467-468),<sup>17</sup> causándole la muerte.

A este ademán salvaje se reduce la presencia del amor en la *Vida de Merlín*, y aunque el mago sea el antecedente directo de los caballeros locos —que aparecen posteriormente en la literatura artúrica—, guarda diferencias significativas con ellos, para los que el amor es la causa y el fin de su locura.

El primero de esos locos salvajes por amor es el protagonista de *Le chevalier au lion*, de Chrétien de Troyes. Yvain, el héroe del *roman*, enloquece cuando se da cuenta de que ha traicionado a su dama y ésta dice ya no amarlo. Tras la llegada de una doncella portadora del mensaje de que su señora no desea volver a tener noticias suyas, el caballero va cayendo en una desesperación cada vez más profunda, y es tal su desesperanza y furia por haber dejado perderse la felicidad, que se va alejando de sus compañeros, pues:

[...] il crient entr’ax issir del san,  
 [...]
 Et it va tant que il fu loing  
 de tantes et des paveillons.  
 Lors se li monte uns torbeillons  
 el chief, si grant que il forsane;  
 si se dessire et se depane  
 et fuit par chans et para arees,  
 (*Le chevalier*, vv. 2799, 2804 y ss.)<sup>18</sup>

<sup>16</sup> “Recorre todas las espesuras y los sotos, y reúne en una sola manada los rebaños de ciervos, y con ellos los gamos y las cabras, y monta él sobre un ciervo”.

<sup>17</sup> “[...] con gesto brusco arranca la cuerna al ciervo que montaba y la arroja contra él como si fuera jabalina”.

<sup>18</sup> Chrétien de TROYES, *Le chevalier au lion (Yvain)*. Ed. de Mario Roques. París, Honoré Champion, 1965. “[...] teme volverse loco en su compañía [...] Anda errante largo rato, hasta alejarse mucho de tiendas y pabellones. Entonces le va subiendo a la cabeza tal vértigo, que le hace perder la razón. Camina enloquecido, rompiendo y haciendo trizas sus vestiduras, huyendo por los campos labrados”. (Ch. de TROYES, *El caballero del león*. Trad. de Marie-José Lemarchand. Madrid, Siruela, 1984.)

En la espesura Yvain inicia una vida de loco salvaje aún más ruda que la de Merlín; pierde toda memoria de sus hechos pasados, caza y se come la carne cruda. El caballero deja fuera del bosque, junto con su razón, los rasgos que lo identifican como tal: su vestimenta y sus armas; ahora va desnudo y usa “[...] un arc / et cinq saietes barbeles / qui molt erent tranchanz et lees” (*Le chevalier*, vv. 2818-2820).<sup>19</sup>

Yvain continúa este género de vida —y de dieta— hasta que se encuentra con un ermitaño que compadeciéndose de su locura empieza a proporcionarle un poco de pan. Con este acto se plantea la primera parte de la reubicación del salvaje en el mundo civilizado, pues el salvajismo es propio de los pueblos no agricultores y el pan es el nexo con la civilización.

Para curar a Yvain de su locura, el castigo que purga por haber cometido una falta real y en perjuicio de una dama que bien puede ser asimilada a un hada, hace falta una pomada mágica, creación de Morgana, la más famosa de la hechiceras: “un oignemant [...] que si grand rage n’est an teste, qu’il ne l’en ost” (*Le chevalier*, vv. 2948-2951).<sup>20</sup>

El siguiente loco salvaje de la literatura artúrica es tal vez el más famoso de ellos: Lanzarote, que en el *Lanzarote del Lago*, la *vulgata*, enloquece cuando, por un error, va a parar al lecho de la hija del Rey Pescador, traicionando así, aun sin saberlo, a la reina Ginebra que, furiosa, lo expulsa de su lado. El caballero se desespera y se duele, pero no puede hacer otra cosa que alejarse de la corte y de su dama:

Cabalgó por el bosque durante tres días de esta forma, sin beber ni comer, por los lugares más apartados que conocía, como quien no quería ser reconocido por nadie que le encontrara. Durante seis días estuvo Lanzarote así, haciendo tal duelo que resultaba extraordinario, cómo podía vivir; en ese tiempo, como no encontraba consuelo, no comió ni bebió: perdió el sentido de tal forma que no sabía lo que hacía y no había nadie, ni hombre ni mujer, con quien no se peleara en cuanto lo encontraba [...]

(*Historia de Lanzarote del Lago*, cap. CLXXVI)<sup>21</sup>

<sup>19</sup> “[...] un arco con cinco flechas de puntas muy anchas y aceradas”.

<sup>20</sup> “[...] un unguento [...] que no hay delirio tan violento que no tenga la virtud de aliviar y quitar de la cabeza”.

<sup>21</sup> *Historia de Lanzarote del Lago. 7. La locura de Lanzarote*. Trad. de Carlos Alvar, Madrid, Alianza, 1988. Cito en español el texto porque no cuento con la versión en francés.



De la misma manera que Yvain, Lanzarote “perdió la razón y la memoria”, “erró desnudo”, “se puso moreno y negro por el sol” y “se estropeó por el esfuerzo y porque comía poco” (*Historia*, cap. CLXXVIII). Su recuperación, al igual que la del caballero del león, es también progresiva e incluye, como parte muy importante, un cambio en su dieta, bajo los cuidados de señores compasivos que, conmovidos por su enfermedad, lo protegen. También conforme al esquema de su predecesor, Yvain, Lanzarote sigue loco hasta que una intervención milagrosa, esta vez del Santo Grial, le devuelve el buen juicio.

El otro demente célebre de la literatura artúrica es Tristán, pero un Tristán que no corresponde al de los primeros textos de la leyenda, donde no aparece ningún episodio en el que se presente algún loco salvaje. Este pasaje de Tristán loco es obviamente producto de la inmersión de la materia tristaniana en el universo artúrico y de la equiparación de sus amores con Iseo “la rubia” con los de Lanzarote y la reina Ginebra. La locura del héroe es, pues, muy parecida a la del Lanzarote de la *vulgata*, aunque las características del hombre salvaje se encuentran atenuadas en el enajenado de *La muerte de Arturo*, de Thomas Malory.

En este texto el protagonista enloquece cuando cree que su amiga Iseo ya no lo ama y que ha dado su amor a Kaherdín, su cuñado. Furioso e incapaz de soportar el dolor, abandona la corte, empieza a vagar y divagar, deja de comer y por fin, un día, se aleja de todo lo que le es familiar:

[...] he ran his way [...] And then was he naked and waxed lean and poor of flesh; and so he fell in the fellowship of herdmen and shepherds, and daily they would give him some of their meat and drink. And when he did any shrewd deed they would beat him with rods, and so they clipped him with shears and made him like a fool.

(*Le morte*, b. IX, ch. XVII)<sup>22</sup>

No hay menciones de que su dieta fuera la propia del hombre salvaje; su estancia con los pastores, aun ubicándose en el bosque, es un paso previo antes de penetrar por completo en el bosque.<sup>23</sup> Además, aparece

<sup>22</sup> Thomas MALORY, *Le morte d'Arthur*. Ed. de John Rhys. Nueva York, Dent/Dutton, 1978. “[...] emprendió su camino [...] anduvo desnudo y se quedó flaco y enjuto de carnes; y buscó la compañía de pastores y zagales, y diariamente le daban ellos algo de su comida y bebida. Y cuando hacía él alguna travesura le pegaban con sus cayados, y lo rapaban con tijeras de esquilar, y lo trataban como a un loco”. (Th. MALORY, *La muerte de Arturo*. Trad. de Francisco Torres Oliver. Madrid, Siruela, 1985.)

<sup>23</sup> Para mayores datos sobre la posibilidad de que en la literatura artúrica aparezcan

la tonsura, característica de los locos, que como ya señalé antes es una oposición a lo peludo que identifica al hombre salvaje.

En el texto de Malory se hace referencia a otro caballero más que perdió la razón por el amor de una dama: Matto le Breune. Sin embargo, de este personaje todo lo que sabemos es la narración que el rey Marc —tío de Tristán y esposo de Iseo— hace a Dagonet —el loco de Arturo— de su infortunio: “[...] that is Sir Matto le Breune, that fell out of his wit by cause he lost his lady; for when Sir Gaheris smote down Sir Matto and won his lady of him, never since was he in his mind, and that was pity, for he was a good knight” (*Le morte*, b. IX, ch. XVIII).<sup>24</sup>

Todos estos personajes sufren el mismo mal, atenuado o furioso, y están impelidos por distintas clases de frenesí. Característica común a todos, desde Tristán e Iseo en el Morois hasta Matto le Breune, es que se encuentran afectados por el mal de amores. Todos los locos salvajes de la literatura artúrica, con excepción de Merlín, son locos por amor.

Estos enajenados orates padecen un mal progresivo que los impulsa a alejarse por etapas de la civilización: primero, “D’antre les barons se remue” (*Le chevalier*, v. 2798), después “il va tant que il fu loing / de tantes et des paveillons” (*Le chevalier*, vv. 2804-2805) y por fin “par le bois agueite” (*Le chevalier*, v. 2826).<sup>25</sup> Todos abandonan primero la corte, después la campiña y —con excepción de Tristán, que permanece en los límites del bosque— se internan en el bosque; por fin llegan a la espesura en donde hallan refugio.

Todos comparten también gran número de penurias: vagan pobremente vestidos: Tristán “was he naked”<sup>26</sup> y, en el Morois, ve como sus ropas, junto con las de Iseo, “lor dras rompent: rains les decirent” (*Tristan*, v. 1621);<sup>27</sup> sufren penosamente los inviernos: Merlín, sin hallar alimento, “nec quo frueretur haberet” (*Vita*, v. 85)<sup>28</sup> y Lanzarote es víctima de un frío intenso: “no podría ir de esa forma si estuviera en su juicio, pues hacía mucho frío y él iba descalzo, en camisa” (*Historia*, cap. CLXXVIII).

diferentes tipos de bosque, cada uno con una función específica, ver Ana María MORALES, “Los habitantes de Brocelandia”, en *Medievalia*, núm. IX (1991), pp. 8-17.

<sup>24</sup> “[...] es sir Matto le Breune, que se volvió loco porque perdió a su dama; pues desde que sir Gaheris derribó a sir Matto y le ganó a su dama, no le ha vuelto la cordura; y es lástima, pues era buen caballero”.

<sup>25</sup> Primero “abandona la asamblea de barones”, después “anda errante largo rato, hasta alejarse mucho de tiendas y pabellones” y por fin “anda por el bosque”.

<sup>26</sup> “[...] anduvo desnudo”.

<sup>27</sup> “Están rotas y desgarradas por las ramas”.

<sup>28</sup> “[...] no tiene de qué sustentarse”.

Tienen que conformarse con una dieta limitada: “venison trestote crue” (*Le chevalier*, v. 2828)<sup>29</sup> o bien “herbarum radicibus, [... et] herbis” (*Vita*, v. 78).<sup>30</sup> Las inclemencias del bosque y su régimen alimenticio provocan que los dementes queden flacos y enjutos de carnes y se presenten en un estado lastimoso.

Comen carne cruda o dependen de la caridad de alguien que les cocine lo que cazan; en los casos más atenuados, como el de Tristán e Iseo en el Morois, la cocina se resume a la más baja: el asado directamente al fuego, sin condimento alguno: “Il n’avoient ne lait ne sel” (*Tristan*, v. 1271);<sup>31</sup> o bien el de Tristán, en *La muerte de Arturo*, que debe conformarse con la comida y bebida que acostumbran los pastores y zagales.

Son irreconocibles: les faltan su vestuario y sus armas, y con ello pierden su personalidad de caballeros. Resulta imposible pensar en un caballero loco, aun en un caballero “simple”. Perceval, que “tenía un rostro sencillo y parecía simple criatura” (*Historia*, cap. CLXXVII), es exhortado por el loco de la corte para que abandone el estrado de los caballeros. Y Tristán, apenas recobra la razón, echa de menos las asambleas de caballeros y las caballerías.

Otro rasgo que subraya su alejamiento del mundo civilizado, que para la literatura artúrica es únicamente la corte, es el hecho de que durante este periodo deben servirse de armas no caballerescas: trampas, un arco con flechas rústicos, un mazo o su cuerpo. Es decir, echar mano de los recursos de los marginados: la maza de los locos o el arco de los mozos. A pesar de tales aparejos, conservan su gran fuerza y habilidades que les permiten, aun en su furor, no sólo procurarse el alimento tan necesario sino acabar con gigantes o dragones y vencer a caballeros atrevidos.

Se dice que la causa del desvarío de estos locos salvajes es el abandono en que se dejan, olvidándose de comer bien; pero tal abandono está propiciado por el descubrimiento de una falta o pecado: la conciencia de la carencia que provoca esa falta es lo que conduce a la desesperación, y ésta al abandono y olvido. Así, la cura de su folía llega en distintas formas, pero siempre de la misma manera en que los atrapa la vesania. El salir de ella suele ser de manera progresiva y mediante una cura que se relaciona con la falta o la causa de la locura.

A excepción de los amantes del Morois, los locos salvajes empiezan su recuperación por mediación de otras personas. Es la soledad la que los

<sup>29</sup> Caza totalmente cruda.

<sup>30</sup> “[...] de hierbas, de raíces tiernas”.

<sup>31</sup> “No tuvieron sal ni leche”.

hace extraviar su verdadera personalidad: el hombre medieval necesita de la sociedad para definirse, y así, una vez que los dementes entran en contacto con algún representante de esa sociedad —el ermitaño, una doncella, algún caballero—, éste lo primero que les proporciona es un nexo con el mundo al cual deben regresar: el pan o los vestidos.

Las funciones de la estadía en la floresta son diferentes según el personaje. Para Merlín significa la antesala de la iluminación; podría argüirse que, en otro nivel, es lo mismo para Tristán e Iseo; pero, para los restantes locos-salvajes, tiene un significado distinto.

*El caballero del león* es una novela de iniciación a la caballería. En ella es necesario que el héroe viva en el bosque para tener aventuras que prueben su valía. La locura representa una prueba más de la que saldrá revalorizado por el sufrimiento —aunque el caballero no la recuerde y nunca llegue a saber que se volvió agreste— y preparado para realizar las más grandes hazañas y conquistar el perdón de su señora.

En la *Historia de Lanzarote del Lago*, el protagonista es un caballero probado, no necesita de más argumentos para sostener su fama. La locura es más un pretexto para demostrar el poder del amor y subrayar la vinculación con el santo Grial que una experiencia iniciática para el héroe. La falta —cometida con la ayuda de la hija del Rey Pescador— hace que su curación tenga que relacionarse con los misterios del Grial. Perdonado de inmediato por su dama, Lanzarote es buscado prontamente para reintegrarlo a su posición; su vida silvestre sólo lo lleva a purgar sus amores culpables. No sale de este pasaje más caballero o mejor amante; sus virtudes son ampliamente reconocidas.

Tristán, más literario que ninguno, no ha cometido una falta, ni su amada tampoco. Se trata de un rasgo de piedad de Iseo hacia Kaherdín, que Tristán malinterpreta. Es el único loco-salvaje que es ofendido, no ofensor —tiene cierta relación con Merlín que no puede soportar al mundo—, pero incapaz, por la dialéctica del amor cortés, de hacer algo más que quejarse; debe sufrir el mismo destino de los ofensores. Sin falta real, la suya es la folía más leve; permanece cerca de su amada, no cae tan fácilmente en la locura y el salvajismo. Conserva durante mayor tiempo sus habilidades y, de cuando en cuando, toca el arpa y una dama intenta sacarlo de su delirio con la música. Su vesania, menos salvaje que la de Yvain o Lanzarote, cede con los cuidados normales: un baño, buena comida, buena cama y vestidos; es decir, cuando se reintegra al mundo de la caballería.

Las causas que llevan a un caballero a caer presa de la vesania pueden ser muchas y diferentes para cada uno de ellos, pero todos cometen un

error, que es lo que los conduce a la locura: se aíslan. El hombre medieval no puede abandonar la sociedad e internarse en el bosque impunemente ya que, cuando lo hace, queda sumido en la soledad y ésta lo coloca en una posición de vulnerabilidad en la que puede ser presa de cualquier ataque real o, incluso, de la imaginación. Y si, como agravante, penetra en las extensiones silvestres, puede enfrentarse con la locura o el prodigio, ya que “en el universo medieval el hombre solitario se considera en peligro”, y en el bosque está en el “espacio del desorden, de la angustia y del deseo”, un territorio en el que la locura puede enseñorearse.<sup>32</sup>

Como señalé en el inicio de este trabajo, la figura del loco de amor que se adentra en la espesura a sobrellevar una existencia salvaje es, posiblemente, una creación de la literatura artúrica. Con la influencia directa de Merlín, más cercano al folclor del hombre sabio que se refugia en el bosque y que ahí vive como un salvaje, los demás personajes, ya íntegramente caballescicos, son los que completan esta imagen y caracterizan al loco por amor, perfectamente ilustrado por Yvain, Lanzarote y finalmente Tristán. Y serán estos últimos, los caballeros salvajes, los que sobrevivirán en la imaginación de los autores para constituir la representación de los poderes de un amor capaz de llevar a un caballero al estado de Orlando furioso y, más tarde, ser parodiados por don Quijote.

<sup>32</sup> Véase Dominique BARTHÉLEMY *et al.*, “El individuo en la Europa feudal”, en Philippe ARIÈS y Georges DUBY, *Historia de la vida privada*, t. IV. Madrid, Taurus, 1988, pp. 16 y 202.